

nes de Gellner o de Anderson, lo cual quiere decir que debo ir terminando ya esta reseña. Terminó diciendo que se trata en efecto de un tema tan fascinante como difícil, y por eso no podemos más que congratularnos por este nuevo e inteligente libro de Tomás Pérez Vejo que arroja luz en el fondo de sombras y tinieblas que es el pozo de nuestra identidad.

Marco Antonio Landavazo

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Diálogos en torno de un texto: sobre dos reseñas de *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para la historia de una nación.*

Quiero comenzar agradeciendo a los editores de *Historia Mexicana* la posibilidad, no de responder a dos reseñas, cualquier reseña es para el autor motivo de reflexión, no de respuesta, sino de entablar un diálogo a propósito de algunos aspectos que considero de especial relevancia para la historiografía mexicana en estos momentos. Agradecimiento doble, ya que si por un lado me permite seguir discutiendo sobre temas que han sido el centro de mi trabajo como historiador en los últimos años; por otra, me permite hacerlo al hilo de los comentarios de dos colegas de cuya obra el libro reseñado es en parte deudor.

Coincido tanto con Erika Pani como con Marco Antonio Landavazo en que el núcleo del libro, a pesar del título, no son las relaciones México-España, ni siquiera la imagen de España en México, sino el problema de la nación en

el mundo hispánico. Se inscribe, tal como afirma Erika, en la estela de la obra de Benedict Anderson con la voluntad, añadido yo, de llenar un doble vacío historiográfico: el del escaso eco del ejemplo iberoamericano en las teorías modernistas sobre la nación y el de las resistencias de la historiografía latinoamericana a pensar las radicales consecuencias que para el estudio de las independencias y del siglo XIX en su conjunto estas teorías llevan consigo. Pero también, o quizás sobre todo, la de una nueva historia política para la que los sujetos de poder, entre ellos la nación, no son realidades dadas, sino construcciones sociales cuyo proceso de invención es susceptible de ser estudiado y reconstruido en un tiempo histórico concreto. El objetivo último es la definición de un marco teórico que permita una relectura del conflicto político decimonónico en el mundo hispánico desde el momento mismo del estallido de las llamadas guerras de independencia, unas guerras de las que la nación no habría sido todavía su causa, sino su consecuencia, hasta prácticamente nuestros días, con llamadas a la refundación de la nación en diversos lugares del continente que muestran la pervivencia de divergencias en torno de la identidad. Todo eso me lleva a pensar en lo equívoco de un título que debería haber sido el subtítulo y viceversa, un error que al hilo de las reflexiones de Erika y Marco me resulta bastante evidente y que sólo me queda lamentar.

Esta voluntad teórica puede plantear algunas dudas sobre el marco cronológico elegido. Resulta razonable la extrañeza de Erika por “que no se estudien con el mismo detalle los orígenes de una confrontación que el autor afirma surge con la independencia”. Estamos hablando de un proceso, el de construcción de identidades nacionales, que se desarrolla en

la larga duración histórica y para cuya comprensión habría que remontarse tanto hacía atrás, no sólo a las primeras décadas del siglo XIX, sino a buena parte del siglo XVIII, como hacia delante, no sólo últimas décadas del siglo XIX, sino también buena parte del XX.

La limitación cronológica, segundo tercio del siglo XIX, obedece al convencimiento de que la historia como disciplina científica no debe tener como objetivo tanto la descripción de los procesos como la explicación de su funcionamiento; y de que para eso importa más la identificación y análisis de los elementos significativos, aislados en el momento que fueron más visibles, que la búsqueda de unos antecedentes cuya relación de causalidad suele estar más en la cabeza del historiador que en la realidad de los hechos. No estoy seguro de que el estudio de las dos primeras décadas de vida independiente aporte mucha información relevante sobre el problema de la nación en el mundo hispánico, entre otras cosas porque, como afirma Erika unas líneas más adelante, “en el mundo hispano, con la crisis de la monarquía católica, la nación, como asiento de la soberanía, se concebiría en primera instancia como comunidad política”. Durante esos primeros años el problema político por excelencia, al menos en México, fue la soberanía y la constitución de una comunidad de ciudadanos, no la nación. Sólo a partir de finales de la década de los años treinta, con el reconocimiento de la soberanía política por España, y de manera mucho más clara y dramática a fines de la década siguiente, con la invasión estadounidense, la pregunta de qué somos, con el fondo de una definición de la nación que diera legitimidad al Estado, adquirió suficiente densidad política como para convertirse en parte fundamental del debate público. La

elección de un espacio cronológico tan preciso y delimitado está determinada tanto por las fuentes, fue en esos años cuando el debate identitario se volvió especialmente virulento; como, sobre todo, por la apuesta teórico-metodológica en favor de una historiografía más preocupada por la comprensión conceptual de los procesos históricos que por la descripción narrativa de su desarrollo a lo largo del tiempo.

Pero el verdadero problema que encuentra Erika es el de situar un concepto tan elusivo como el de la identidad en el centro del conflicto político. Estoy consciente del reto historiográfico que esto plantea. Tiene razón, sin duda, cuando dice, siguiendo a Rogers Brubaker y Frederick Cooper, que la identidad “es una torpe categoría de análisis”. Una afirmación con la que no puedo, sino estar de acuerdo, más todavía si nos referimos en concreto a identidades colectivas. Lo que ocurre es que el nacimiento de la modernidad política en occidente vino marcado por la conversión de una de estas formas de identidad colectiva, la nacional, en sujeto único y excluyente de legitimación del poder, de manera que la nación, en esencia poco más que un mito de origen,¹ se convirtió en el centro de la vida política. Mientras que en las sociedades de antiguo régimen la identidad colectiva había sido una categoría irrelevante para el ejercicio del poder, la homogeneidad identitaria no era ni necesaria ni, incluso, deseable, en las nuevas sociedades burguesas una de estas formas de identidad colectiva, la nacional, se convirtió en

¹ Titulé, y en este caso de manera muy precisa, uno de mis libros “nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas” (Tomás Pérez Vejo, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Oviedo, Nóbél, 1999).

su única fuente de legitimación.² A partir de ese momento la legitimidad del Estado descansó en la voluntad de la nación y, como consecuencia, el reto de las élites políticas, tanto las de las nuevas repúblicas como las de las viejas monarquías, fue imaginar naciones que se correspondieran con las fronteras del Estado-nación. El reto de los historiadores es reconstruir este proceso y sus características más significativas y relevantes.³ La elección de esta “torpe categoría de análisis”, por lo tanto, nos viene dada por la realidad de los hechos. En algún momento del tránsito hacia la modernidad, la identidad nacional se convirtió en el centro de la vida política, algo que difícilmente obviaremos. Podemos discutir sobre el carácter ficticio de cualquier identidad colectiva, de la imposibilidad de su definición conceptual y hasta de su inoportunidad histórica. Personalmente considero que el proyecto de una comunidad cívica, legitimada en la voluntad de los individuos que la componen, resulta bastante más atractiva que una comunidad nacional, legitimada en la tierra y los muertos, en la que los derechos de estos últimos, por decirlo de una manera metafórica, acaban siempre gravitando sobre los derechos de los vivos. Pero la realidad es que la nación ha sido el centro de la vida política de los dos últimos siglos; que la historia de la humanidad desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días, con variaciones de unos

² Todavía hoy el ordenamiento jurídico internacional reconoce a las naciones derechos políticos, por ejemplo la autodeterminación, que niega a cualquier otra forma de identificación colectiva.

³ Obviamente esta fabricación de la nación tiene mucho de invención. Me parece pertinente la precisión de Erika Pani sobre que el debate es acerca de “lo que queremos ser” y no “sobre lo que somos”. En el debate se presenta como una realidad, “lo que somos”, lo que es sólo una realidad imaginada, “lo que queremos ser”.

espacios geográficos a otros, resulta incomprensible si no consideramos que millones de individuos han estado dispuestos a morir, y más frecuentemente a matar, por defender su identidad nacional; y que la idea de la nación como una realidad “natural” ha modelado, quizás más que ninguna otra, la manera de ver y entender el mundo del hombre contemporáneo.

No estoy tampoco seguro de que centrarse en el debate identitario nuble la comprensión del ideológico. Son dos conflictos diferentes, que a veces interfieren uno en el otro y a veces no, pero en todo caso, la mejor comprensión de cualquiera de ellos lo único que puede hacer es echar más luz sobre el otro. El libro se centra en el identitario, no porque sea más o menos importante, sino porque ha sido ignorado casi por completo por la historiografía. Una ignorancia que además no es casual. Es la consecuencia de un saber histórico que sigue asumiendo, unas veces de manera implícita y otras explícita, que una nación es una realidad objetiva, no una construcción imaginaria. El pesado lastre de una disciplina académica incapaz de revisar sus complejas relaciones de dependencia con la nación y el nacionalismo.

Sí me gustaría llamar la atención, al hilo de las reflexiones de Erika Pani, sobre hasta qué punto el debate identitario puede ser utilizado en el conflicto ideológico hasta volverse parte de él. En una definición objetiva del ser nacional, tal como la hace el siglo XIX, la nación tiene sus propios objetivos, al margen o incluso contra la voluntad de los individuos que la componen.⁴ Aquellas ideologías que permitan lograr

⁴ Esto explica, por cierto, el carácter antidemocrático subyacente en no importa qué ideología nacionalista. Los individuos pueden equivocarse, la nación no.

mejor esos objetivos serán más nacionales, más legítimas, que las que propongan objetivos diferentes. No es que el debate identitario se confunda con el ideológico. Es que en éste se utilizan elementos de aquél por su capacidad deslegitimadora y de exclusión de la comunidad nacional. Hay usos estratégicos y contingentes del discurso identitario en el debate ideológico, pero en la larga duración histórica, tiempo en el que, insisto, se incluye la construcción de las identidades nacionales, estos usos resultan relativamente irrelevantes. No importa tanto que Agustín de Iturbide utilice un discurso identitario en un momento determinado y otro al día siguiente, lo que importa es la presencia en el debate político, ya desde fechas tan tempranas, de dos discursos identitarios antitéticos.

Marco Antonio Landavazo llama la atención sobre el predominio de la hispanofobia sobre la hispanofilia que encuentra tanto en mi libro como en otros que se han ocupado del tema. Y me veo tentado a darle la razón, entre otras cosas porque él mismo se ha ocupado en sus trabajos de algunos de estos brotes de hispanofobia con un detenimiento que haría osado por mi parte cuestionar; también porque si finalmente el discurso hispanóforo ha terminado siendo hegemónico en la construcción de la nación mexicana, no debe ser por casualidad. ¿Contradice esto mi afirmación de que son las dos caras de una misma moneda y que una y otra tuvieron un importante papel en la configuración de México como nación? Creo que no. Obedecen a una misma lógica y el aparente mayor peso de la primera en detrimento de la segunda habría que matizarlo. Está mediatizado, en gran parte, por la preeminencia de los hechos sobre los discursos. Los hechos hispanófobos son mucho más visibles que

los hispanófilos, entre otras cosas por su carácter violento (expulsiones, insultos, asesinatos) que hace que tiendan a ser sobrevalorados; un error en el que yo mismo he caído al convertir los sucesos de San Vicente en el centro del capítulo dedicado a la hispanofobia y la hispanofilia. Pero ¿es más representativo el asesinato de media docena de españoles en la conflictiva Tierra Caliente de Morelos de mediados del siglo XIX que el hecho de que la mayoría de los españoles que siguieron llegando de manera ininterrumpida durante todo el siglo se integraran sin demasiados problemas en la parte alta y media de la pirámide social mexicana, casándose con mexicanas, teniendo hijos mexicanos y participando en la vida pública y privada mexicana? Lo dudo. Hay una hispanofilia de los hechos, menos espectacular, más de vida cotidiana, poco visible, incapaz de atraer nuestra atención, pero que está ahí y que habría que considerar. Si los españoles pudieron integrarse y participar en la vida mexicana del siglo XIX fue porque hubo miles de pequeños hechos hispanófilos, desde el hacendado que prefirió como capataz de su hacienda a un gachupín, hasta la familia que no tuvo ningún reparo en casar a sus hijas con nacidos en la Península.⁵ En todo caso, para los objetivos de este libro importan mucho más los discursos que los hechos. Una nación es la fe en un relato, no una sucesión de hechos, y aquí el equilibrio es sin duda mucho mayor. Los ejemplos de discursos hispanófilos son abundantes, el libro está plagado de ellos, y sobre todo, lo que resulta más interesante, son recurrentes

⁵ Y esto no es sólo válido para la élite conservadora, las dos hijas de Benito Juárez se casaron, parece que sin ninguna oposición familiar, con dos hermanos españoles, Delfín y José Sánchez.

a lo largo del siglo y del siguiente. Vuelven una y otra vez, aun incluso después de haber sido aparentemente derrotados, prueba, sin duda, del peso y relevancia de la hispanofilia en la construcción nacional mexicana.

Marco, lo mismo que Erika, pero desde distinta perspectiva, plantea algunas objeciones al uso que hago del problema de la identidad. Contestaré a algunas de ellas aunque creo, y espero, que es un tema sobre el que seguiremos discutiendo. Disiento de Marco, o mejor de lo que aquí escribe, porque no considero que el problema sea responder a “la pregunta acerca de qué somos”. Las malas preguntas simplemente no tienen respuesta. Somos muchas cosas, en cada individuo concreto coexisten identidades múltiples, no sólo la nacional. Incluso por lo que se refiere a esta última hay miles de formas de ser mexicano, como de ser polaco o iraní. El problema surge cuando, como espero haberlo demostrado en las líneas anteriores, la identidad se convierte en sujeto político y, como consecuencia, el Estado necesita afirmar una identidad única y excluyente, una sola forma de ser mexicano para entendernos.

Y aquí es donde surge mi divergencia con Marco. Él apuesta por una visión benévola de las identidades y afirma que sí son negociables. Para eso trae a colación el mito mexicano por excelencia: el del mestizaje. Debo reconocer que de forma oportuna, si finalmente el debate que mi libro trata de dilucidar es el enfrentamiento entre un México indígena y un México español, qué mejor prueba de la negociabilidad de las identidades que esa afirmación de un México mestizo alumbrado por la Revolución.⁶ También

⁶ La imagen de México como nación mestiza puede rastrearse desde

resulta oportuna su referencia a Justo Sierra. No sé si tanto, por cierto, la de Molina Enríquez quien, no casualmente,⁷ acabó olvidando sus elucubraciones sobre el mestizaje en aras de un indigenismo de extremada virulencia verbal.

Me reafirmo, a pesar de todo, en la idea de Claus Offe de que las identidades colectivas son innegociables. No en su construcción, es obvio que todas, incluida la nacional, son cambiantes y fruto de reacomodos discursivos variables en el tiempo; sino en su afirmación en un momento histórico concreto. La imaginación de un México mestizo fue un proceso largo y tortuoso, en el que acuerdos implícitos e imposiciones ideológicas fueron de la mano. Marco cita algunos de los antecedentes, desde Ignacio Ramírez a Francisco Pimentel o Ignacio Vallarta, se podrían traer a colación muchos más. Sin embargo, a partir del momento en que se convirtió en hegemónico, no sin problemas, ya no hubo otra forma posible de ser mexicano. A eso es a lo que llamo la innegociabilidad de las identidades, al hecho de que la definición de una identidad nacional resulta excluyente respecto a todas las demás posibles.⁸ En este sentido el problema

mucho antes, está presente incluso en la gran obra de la historiografía mexicana del siglo XIX, *México a través de los siglos*.

⁷ Digo no casualmente porque es bastante probable que el mito del mestizaje revolucionario y posrevolucionario sea poco más que una reactualización del viejo prehispanismo liberal. Reactualización en la que el indio histórico es sustituido por el mestizo contemporáneo como sujeto de nacionalidad. Una forma, entre otras cosas, de obviar el viejo problema de qué hacer con los indios: convertirlos en mestizos.

⁸ Lo que no quiere decir, por supuesto, que sea eterna. Es hegemónica en un momento determinado, pero puede ser desplazada y sustituida por otra, incluso por su contraria, en otro. El "ser nacional" de México, como el de España, el de Turquía o el de Rusia ha sido redefinido varias veces a lo largo de los dos últimos siglos y lo seguirá siendo.

no es si dar más peso, o menos, al legado español o al legado indígena; tampoco zanjar salomónicamente que ni uno ni otro, sino todo lo contrario, para seguir en la órbita de Cantinflas. El problema real está en hacer de la identidad el fundamento de la vida política y, sobre todo, en querer convertir al Estado en garante de esa identidad. Es igual de excluyente, y de innegociable, afirmar que el ser nacional de México está definido por su carácter indígena o español, que afirmar que lo está por su carácter mestizo ¿Qué significa decir que una nación es mestiza?, ¿que todo mexicano por el hecho de serlo tiene 50% de sangre y de cultura indígena y otro 50% de sangre y cultura europea?, ¿quién y qué define lo mestizo? Afirmar que México es una nación mestiza resulta, bien una banalidad ¿hay alguna que no lo sea? bien una imposición identitaria ¿quien no sea, o no se sienta, mestizo no es mexicano? Mi propuesta no busca arrojar “luz en el fondo de sombras y tinieblas que es el pozo de nuestra identidad”, un objetivo que agradezco a Marco que me atribuya, pero que considero completamente fuera del campo de la historia. Los debates sobre qué somos son un buen material literario; desde el punto de vista del conocimiento sólo material de derribo. Los objetivos de este libro son, en todo caso, mucho más modestos: intentar dilucidar la importancia que el debate identitario tuvo en la vida política mexicana del siglo XIX; explicar sus características más relevantes; mostrar su lógica de funcionamiento interno; y arriesgar una explicación teórica de por qué esto ha sido así, no sólo en México.

Sólo me queda, como conclusión a estos comentarios, mostrar mi perplejidad por una modernidad incapaz de apostar por una nación cívica, basada únicamente en la

voluntad de los individuos que la componen, y que, como consecuencia, se ha visto obligada a convertir la torpe categoría de la identidad nacional en el centro de la vida política. Un problema de enorme calado político e historiográfico del que México es sólo un ejemplo.

Tomás Pérez Vejo

Escuela Nacional de Antropología e Historia